

Como el principal y casi el único motivo de temor eran las sorpresas, habia gentes destinadas para dar avisos, y solian andar cincuenta ó sesenta leguas para observar si se preparaba alguna irrupcion. Por lo comun volvian todos los meses, ó antes, á dar cuenta de su comision. Si habia justo motivo de recelo, se armaban al instante las tropas de la Reduccion, y no tardaban en dirigirse contra el enemigo, el cual no resistia, á lo menos en campo raso, á los neófitos, que eran invencibles cuando podian hacer uso de la caballería y de las armas de fuego.

Mas de una vez aprendieron los mamelucos á respetarlos, y especialmente en la derrota que padecieron cerca de la Reduccion de Santa Cruz. Su ejército, formidable para aquellos países, pues constaba de ochocientos mamelucos y de cuatro mil indios, fué destrozado, y la mayor parte quedaron en el campo de batalla. Los demas conservaron la vida por la clemencia de los vencedores, quienes les permitieron volver al Brasil, y aun les dieron víveres, haciéndoles jurar una paz, asegurada mas bien con el terror de los vencidos que con sus juramentos. Como los infieles que se hallaban cerca de las Reduccion, no estaban en estado de medir sus fuerzas con ellas, se guardaban muy bien de insultarlas; y los que no querian vivir en paz, tomaban el partido de retirarse de alli.

No solo han dado pruebas de gran valor los nuevos cristianos del Paragnay en defensa de su propio país, sino que tambien han hecho los servicios mas importantes á la corona de España. Puede añadirse que su dominacion en aquel continente inmenso, esto es, desde el Perú y Chile hasta el Brasil, no tenia otro apoyo mas firme que el de las poblaciones cristianas que ocupaban su centro. Las pocas ciudades ó pueblos españoles dispersos en aquellos desiertos á ciento y doscientas leguas de distancia unos de otros, habrian cedido mil veces á las nubes de bárbaros de que

estaban rodeados, á no haber habido entre ellos habitantes que, unidos á la España con los vínculos del Evangelio, hubiesen contenido y reprimido á los demas. Asi la posesion tranquila de una estension tan vasta de tierras no marítimas en que por una especie de milagro se mantenía tanto tiempo há, era visiblemente un prodigio, no de su política ni de su valor, sino de la Religion.

En el año 1662, visitando las plazas de su gobierno don Alfonso de Sarmiento, gobernador de la Asuncion, capital del Paraguay, fué acometido de repente en un castillo por un enjambre de salvajes infieles, á cuyas fuerzas no hubiera podido resistir, segun lo confiesa él mismo, si la primera Reduccion que tuvo aviso de esta novedad, no hubiera enviado inmediatamente sus tropas, las cuales anduvieron en veinticuatro horas el camino que por lo comun es de cuatro dias, derrotaron á aquellos bárbaros, que eran los mejores guerreros del país, libertaron al gobernador, y le llevaron sano y salvo á la capital. En el año 1680, aquellos neófitos, en número de tres mil, hicieron prodigios de valor contra los portugueses, que habian quitado á los españoles el puesto en que está ahora la colonia del Santísimo Sacramento, y despues de una horrible carnicería, fueron arrojados del fuerte que habian construido alli. Hay otros mil ejemplares, muchos de los cuales están consignados en el decreto no menos honorífico que ventajoso, que el Rey Felipe V espidió en 1716 á favor de aquellos indios esforzados y fieles. En general no ha habido en Paraguay desde el establecimiento de las Reduccion ninguna accion de importancia, en que no hayan dado pruebas tan brillantes de su valor como de su firme adhesion á su soberano, ni se ha conseguido victoria en que ellos no tuviesen la mayor parte.

Es verdad que para pelear contra los europeos se tenía la precaucion de que mandasen oficiales españoles; pero esto no era para au-

mar su valor, en lo cual podian ellos dar lecciones á muchos de nuestros militares, sino para acostumbrarlos á nuestra táctica. Se les enviaban, pues, en tiempo de guerra gefes experimentados y de buena conducta para instruirlos en nuestro modo de pelear antes de presentarlos al enemigo. Peleaban despues como leones, y rara vez dejaban de hacer prodigios. Era para la España una ventaja singular que las tropas de las Reduccion hacian la guerra á espensas suyas, sin percibir ningun prest, ni aun los víveres, pues los llevaban ellas mismas para toda la campaña. Tampoco querian aquellos generosos cristianos recibir ninguna gratificacion para sí mismos, y á lo sumo admitian algun donativo para sus iglesias.

No contentos los misioneros con haber elevado las Reduccion al grado de perfeccion que hemos visto, no han trabajado despues menos para consolidar y estender mas y mas la fé cristiana en aquellas regiones; y como ya estaban allanadas las mayores dificultades, fueron muy rápidos los progresos (1). Las Reduccion establecidas por todas partes, el estado floreciente en que se hallaban, la abundancia y la felicidad que gozaban, hicieron impresion en el ánimo de los bárbaros, los cuales miraron con aprecio á los fundadores de aquellas sociedades fieles, cuya noticia llegó hasta los aduares y chozas mas remotas. Aun los que no querian abrazar el Evangelio, respetaban á sus ministros. En fin, muy rara vez se atrevian á maltratarlos, y mucho menos á cometer ningun atentado contra su vida. Además, los nuevos cristianos se habian hecho formidables por su gran número y por las victorias que consiguieron contra los que los habian obligado á echar mano de las armas; y asi se temia que emprendiesen vengar la muerte de sus pastores, y que lo consiguiesen en caso de intentarlo.

(1) Murat. c. 11.

Sin embargo, habia todavia bastantes peligros capaces de asustar á otro cualquier valor que no fuese el de aquellos apóstoles, sin contar el aumento de trabajos y fatigas añadidos á la tarea que diariamente tenían que desempeñar en las Reduccion (1); porque aquellos mismos operarios no reputando bastante trabajo el gobierno pastoral y paternal de cinco á seis mil, y algunas veces de ocho á diez mil neófitos, que estaban á cargo de dos misioneros; los ejercicios diarios de mañana y tarde, el catecismo ó instruccion diaria á mas de mil niños, la enseñanza general en los domingos y jueves, la instruccion de los catecúmenos, que siempre eran muchos; las que iban á hacer en medio de los campos á los indios encargados de guardar las mieses y los ganados, las confesiones frecuentes y generales en todas las fiestas principales del año, como tambien en el jubileo anual; el alivio espiritual y corporal de los enfermos y el gobierno de las congregaciones, hacian frecuentes escursiones á las tierras infieles, á fin de recoger allí las ovejas á quienes el Pastor eterno señaló un lugar en su rebaño; pero de suerte que siempre quedaba uno de ellos en la Reduccion para los ejercicios habituales.

Cuando se esperaba convertir algunos infieles, se ponía en camino un misionero, con el breviario debajo del brazo, y en la mano un palo que remataba en cruz. Por lo comun le acompañaban treinta neófitos, asi para servirle de intérpretes, como para ayudarle á pasar los pantanos, los lagos, los rios caudalosos, y para abrirse paso por selvas y bosques. Algunas veces era necesario andar treinta ó cuarenta leguas, sin dejar de la mano el hacha, antes de llegar á una habitacion de infieles. A menudo solia ser el trabajo mas largo de lo que se habia previsto; faltaban los víveres, y entonces no habia mas recurso que el

(1) Murat. c. 12.



eventual de la caza, ó algunas raíces ó frutas silvestres.

Cuando se encontraban idólatras, siempre se presentaban armados, y solian disparar antes de llegar á conocerse; pues temian que fuesen mamelucos disfrazados con el traje de misioneros y de neófitos, de cuyo artificio infernal se habian valido muchas veces aquellos bandidos para sorprenderlos. Tambien temian que se pretendiera hacerlos esclavos de los españoles, á quienes miraban con una aversion extraordinaria. Solo con sospechar que el misionero iba de alguna ciudad perteneciente á esta nacion, no dejaba de escitar su llegada una sublevacion general, en que con bastante frecuencia solia ser víctima. Con el temor del peligro presente, y con la precipitacion del furor, se olvidaban del castigo que podrian recibir en lo sucesivo.

Si se lograba calmar su primera inquietud, y podia persuadirseles que era un verdadero misionero el que iba á su habitacion, no se necesitaba mas para tranquilizarlos enteramente. Entonces se acercaba el cacique á los viajeros, los saludaba á su modo y les preguntaba con qué motivo habian ido. Respondia el misionero por sí, ó por sus intérpretes, que iba de parte del Dios Supremo, Criador y Salvador de todos los hombres, para enseñarles el camino del cielo y de la felicidad suprema. Despues les distribuia algunos regalitos para conciliarse su benevolencia. Los neófitos que le acompañaban se esparcian inmediatamente entre aquellos infieles, y les aseguraban que lejos de pensar en esclavizarlos, solo pretendian que viviesen con mas placer y comodidad, citándose á sí mismos por ejemplo de la felicidad que se goza en la observancia de la ley cristiana. Una esperiencia tan á propósito para convencer, junta con la gracia que hablaba al mismo tiempo al corazón, hacia comunmente vivas impresiones; y los bárbaros se determinaban, ó á conformarse con la proposicion que se les hacia, ó á lo menos á permitir al misio-

nero que permaneciera entre ellos y anunciase el Evangelio á los que quisieran abrazarle. Si se mostraban dóciles á las instrucciones del misionero, tomaba este sus medidas, segun el número de los convertidos, estableciendo una nueva Reduccion, cuando eran muchos, ó convidándolos á que fuesen á fijarse en algunas reducciones establecidas, cuando no pasaban de doscientos ó trescientos. Conociendo allí por sí mismos la verdad de cuanto se les habia dicho, y recibiendo una acogida mucho mejor de la que ellos esperaban, no tardaban en pedir el bautismo, y escedian muy pronto en fervor á los fieles antiguos.

Lo mas admirable es, que los mismos neófitos hacian muchas veces por sí solos las funciones de predicadores y de apóstoles (1). Supliendo en cuanto podian la escasez de operarios evangélicos que solia espermentarse en aquellos desiertos, recorrían varios apóstoles indios, guiados por sus caciques, las tierras inmediatas y algunas veces se alejaban á grandes distancias á fin de anunciar á los infieles la Religion cristiana. Todo se ejecutaba con el mayor orden. Antes de ponerse en camino se confesaban todos, recibían la Sagrada Eucaristia, se aconsejaban del misionero, recibían su bendicion, y despues emprendían el viaje alegremente. Lejos de intimidarse con los trabajos y peligros de semejantes expediciones, esto era lo que mas les animaba. El mas dulce objeto de sus deseos era la corona del martirio, que sabían haber sido muchas veces el premio de aquel apostolado. No dejaba el cielo de derramar sus bendiciones sobre tan loable empresa, y casi siempre volvia á la Reduccion la caravana apostólica con gran número de prosélitos.

Entre otros medios de que se valian aquellos fervorosos cristianos para multiplicar los adoradores de Jesucristo, merece referirse el siguiente. Sabido es que las naciones salvages

(1) Murat. c. 13.

están casi siempre en guerra unas con otras. En su opinion, la principal ventaja de la victoria consiste en hacer muchos prisioneros; pero implacables en su venganza, jamás les perdonan la vida. Degüellan desapiadadamente á todos los prisioneros que cogen con las armas en la mano, y se los comen en los banquetes con que dan fin á todas sus expediciones. Los niños que cogen suelen venderlos á otros pueblos, para adquirir en cambio las cosas que les faltan. Para los pueblos cristianos era esta una ocasion preciosa de ganar almas á Jesucristo, dando las producciones de su territorio y de sus fábricas, á fin de rescatar aquellos tiernos esclavos. El cacique y los principales del pueblo se encargaban de los niños. A las niñas las ponían en casa de las mugeres mas instruidas y ejemplares. Todos eran educados con los niños cristianos, alimentados, vestidos é instruidos del mismo modo que ellos. Se les admitía al bautismo, cuando se hallaba que estaban suficientemente dispuestos; y el dia en que salían de la servidumbre infernal se acababa tambien su esclavitud temporal, y entonces en nada se diferenciaban ya de los demas fieles. Así la severidad misericordiosa del Señor hacia que los hijos encontrasen su salvacion en la misma desgracia de sus padres y en la ruina de sus gentes.

En fin, la generosidad de los neófitos facilitaba mas que nunca la propagacion del Evangelio, proporcionando con la abundancia de sus liberalidades el establecimiento de nuevas Reducciones. Cuando se trataba de fundar una de ellas, se encargaban las antiguas de suministrar á los indios nuevamente convertidos todo lo que necesitaban, hasta que pudieran coger los frutos de su propio trabajo. Les daban grano en abundancia, tanto para comer como para sembrar, y les enviaban animales para la labor, con conductores inteligentes en el arte de la agricultura, rebaños, artesanos y trabajadores de todas clases, de

B. del C., tomo XXI.—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO VI.

suerte que en pocos años se hallaba el nuevo establecimiento en el mismo pie que los antiguos.

Tal era el estado de las misiones del Paraguay, dirigidas por los mismos pastores que las habian establecido. Unos salvages que con dificultad se hubiera creido que fuesen hombres, eran ya por la mas estraña metamorfosis, ó mas bien por el mayor milagro de la gracia, los cristianos mas perfectos del universo y los retratos fieles de los primeros hijos de la Iglesia. Sin embargo, no han faltado charlatanes malignos que los pintaron como los mas denigrantes colores á ellos y mas aun á sus venerables preceptores, ó por mejor decir, á sus verdaderos apóstoles: título que conviene con toda propiedad á los piadosos misioneros que eran apóstoles de oficio y de hecho, en el trabajo y en las penalidades, sin apropiarse nunca el nombre ni el honor; apóstoles que engendraban hijos para Jesucristo y para la Iglesia, sin llegar á tener por eso el título de padres; que formaban obispados, sin consentir nunca en ser obispos; y que, reservándose únicamente las incomodidades, dejaban á otros el goce de las distinciones y del fruto de sus trabajos. Este es indudablemente el apostolado mas digno de este nombre, y estas las instituciones apostólicas mas gloriosas para la Iglesia. Por esto, por su gran celebridad, y por la autenticidad tan cierta é irrefragable de sus monumentos, nos hemos detenido en tratar de estas misiones con singular complacencia, sintiendo no poder presentar del mismo modo las relaciones de otras de diferentes órdenes é institutos por falta de iguales documentos en que apoyarlas.

Tales son los monumentos á que apelamos para confundir á los maliciosos calumniadores de las misiones, y en particular de los misioneros del Paraguay. No es de nuestro propósito, y aun seria contrario á la dignidad de la historia, referir las ficciones pueriles y todas las bagatelas de que han llenado sus libelos.



¿Qué hombre sensato no se irritaría al ver no combatir seriamente, por ejemplo, la quimera del reino del Paraguay y de su rey Nicolás con sus minas inagotables de oro y plata, en un país donde no se ha descubierto hasta el presente, según es notorio, mineral alguno? Bastará no obstante á las personas de juicio y de probidad, saber que hemos tomado nuestras noticias de observadores imparciales, exactos y discretos, y que solo hemos recurrido á documentos sumamente auténticos, como son las certificaciones que remiten todos los años de América á España los obispos y los gobernadores de las provincias, y sobre todo á lo que refirió al sábio Muratori el príncipe de Santobono, que habia sido mucho tiempo virrey del Perú, y satisfizo á todas las preguntas que la sagacidad y la circunspección pudieron sugerir á un crítico de los más hábiles. Pero ¿qué es de admirar que no nos crean los que no creen á la Iglesia? Porque al fin, ya que es preciso decirlo, solos los novadores, los que no cesan de rebelarse contra las decisiones de la Santa Sede apostólica, son los que han osado denigrar, como á la más fuertemente adherida á este centro de la unidad, á la Compañía más celosa en someter á los infieles al yugo suave de Jesucristo; solos los hereges y algunos declamadores adocenados y escitados por los hereges, son los que se obstinan en infamar la serviente iglesia del Paraguay, imagen la más perfecta de la Iglesia primitiva.

Como estos novadores perniciosos empleaban todos los artificios posibles para esparcir y aeroditar el libro fatal de que hacían depender el destino de la secta, dos prelados de gran celo y sabiduría, los obispos de Luzon y de la Rochela, publicaron (1710) de comun acuerdo en esta última ciudad una Instrucción pastoral en que se condenaba la obra de las Reflexiones de Quesnel. Esta Instrucción, meditada por espacio de dos ó tres años, formaba una especie de tratado sobre la gracia, y por consiguiente un tomo bastante abultado dividido en dos

partes. Se mostraba en la primera, que las cinco famosas proposiciones se contenian claramente en la obra de Jansenio y se renovaban en la de Quesnel. Y como estos dos autores se fundaban igualmente en varios pasages de San Agustín entendidos á su modo, se hacia ver en la segunda parte que los dogmas de Quesnel y de Jansenio eran opuestos á la doctrina de este santo Padre.

Los grandes sucesos suelen proceder de causas muy pequeñas. La obra de estos dos prelados, los cuales seguramente no habian previsto las consecuencias que de ella resultarían, fué la que por una multitud de incidentes de corta entidad dió lugar á la publicacion de la bula *Unigenitus* (1). Luego que se tiraron los ejemplares de la Instrucción pastoral, el impresor de la Rochela envió una porción á la capital del reino, como se acostumbra hacer en las provincias, para despacharlos con más facilidad. Se anunció con carteles que se fijaron en las esquinas, en las plazas públicas, en las puertas de las iglesias y en las del palacio arzobispal. Esta práctica era general en todas las obras de igual naturaleza; pero si se hubiera previsto lo que sucedió, sin duda se habría usado de más circunspección. La Instrucción pastoral condenaba un libro que el arzobispo de París habia aprobado en los términos más honoríficos, proponiéndole á los fieles como el pan de los fuertes y la leche de los débiles; y así miró como un insulto hecho á su persona el cartel fijado en las puertas de su palacio.

La mayor desgracia fué que muchos de sus colegas adoptaron su modo de pensar, y tratando solamente de la pretendida injuria hecha al episcopado, perdieron de vista el interés de la Iglesia y el riesgo á que estaba espuesta la fé. Entonces mudó de todo punto el aspecto de las cosas; y la defensa de las Re-

(1) *Hist. de la Constit. l. 1, p. 68 y sig. Edic. de 1820.*

flexiones morales, que hasta allí solo habia interesado á algunos particulares desacreditados por su notoria adhesión al jansenismo, fué ya un asunto de honor para unos prelados que habian tenido siempre el concepto de ortodoxos y aun de virtuosos. Pero ¿cuán eminente debe ser la virtud en el primer orden de la gerarquía! Si todavía es susceptible de las nimiedades del amor propio, ¿en cuántas ocasiones estará espuesta á las más torpes caídas? Por eso sin duda enseña formal y terminantemente el Angel de la escuela, que el obispo, para vivir con seguridad de conciencia, debe ser perfecto ó de eminente virtud: cuanto más grave es la carga del episcopado, tanto mayores deben ser las fuerzas para llevarla. Lo que nos resta que decir de los últimos disturbios de la Iglesia, manifestará cuán verdaderos son estos principios.

Una virtud perfecta hubiera hecho superiores á todos los prelados de Francia á un falso pundonor, á un exceso de sensibilidad, á una vil complacencia, ó por mejor decir, á una política detestable y á todo otro interés humano. Así hubiera quedado abandonado á su mala suerte el libro que recibió una aprobación inconsiderada, y no habria tenido ningun defensor ilustre la heregia que se procuraba reanimar; pero se le persuadió, ó se le dejó creer al arzobispo de París, que los obispos de Luzon y de la Rochela no habian podido, sin injuriarle, condenar un libro autorizado con su aprobación; ni esparcir su edicto en París, sin violar, además de las leyes del decoro, las del derecho canónico. En vano procuraron algunas personas de buena intención darle á entender que las Reflexiones morales eran verdaderamente dignas de ser condenadas: que su buena fé habia sido sorprendida por los doctores á quienes dió el encargo de corregir la obra, despues que esta habia empezado á causar escándalo; y que los obispos de Francia estaban desde tiempo inmemorial en la posesión de distribuir sus edictos en la capital del

reino. Una delicadeza escensiva le movió á no dar oídos á estas poderosas razones; creyó constantemente que solo se censuró el libro porque él le habia aprobado, y manifestó su resentimiento contra los autores de la censura.

En todas las clases está sujeto el amor propio á unas pequenezes muy estrañas. Los obispos de Luzon y la Rochela tenían cada uno un sobrino en el seminario de San Salpicio, y sobre estos recayó el primer efecto del resentimiento. Creyó el arzobispo que ellos habian fijado en las puertas de su palacio el edicto de sus tios; pero esta imputación era falsa, y no tenía á su favor ninguna prueba, ni aun aparente; porque aquellos jóvenes vivian en el seminario con edificación, con toda la regularidad y con el espíritu de retiro que se ha observado siempre con el mayor cuidado en este piadoso establecimiento. Sin embargo, se dió orden al superior para que los despidiese, sin más razón que porque se estaba descontento de sus tios. Vivamente ofendidos los prelados de semejante insulto, se quejaron en derecho al rey por medio de una carta comun muy á propósito para hacer impresión en el ánimo de un Monarca tan religioso. Despues de protestar que hubieran guardado silencio, si la injuria no se hubiera estendido más que á ellos y á sus parientes, le representaban al obispo de su capital como fautor de los hereges y de la heregia: «lo que espone la fé (añadian) al mayor peligro, pues por medio de los obispos poderosos y temibles á sus hermanos, han prevalecido siempre en los Estados las novedades en materia de religion; y desde el tiempo de los emperadores antiguos, los mayores males de la Iglesia tuvieron por autores á los obispos de las ciudades imperiales.»

No tardó en divulgarse la carta; y el arzobispo, á quien se reprendía en ella con tal vehemencia, se quejó también al monarca. Su Magestad, que veía que esta disension del episcopado no podia menos de ser funesta á la Iglesia, prometió hacer que los dos obispos le die-